



Madrid 16 de Marzo de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Los cuatro elementos: El Aire, por don Juan Cuesta.—La venganza de los honrados, por don J. S. B.—Historia de España: Don Ordoño I.º, por don A. Pirala.—Madrid en 1862, por Sara.—El Paje, por don José Sanchez Biedma.—Los tres Herederos afortunados, por B.—Los litigios, por J. G. B.

GRABADOS. Naves.—Don Ordoño I.º—Fuente egipcia.—El Paje.

LICEO DE LOS NIÑOS.

IX.

LOS CUATRO ELEMENTOS.

El Aire.



El aire un cuerpo sutil, elástico, transparente é invisible, que envuelve la tierra por todas partes, formando una especie de capa ó atmósfera de mas de veinte leguas de grueso. Desprovisto de color en pequeñas masas, solamente adquiere un ligero tinte azulado cuando se le observa en grandes cantidades. Por eso cuando viajamos las sierras leje-

2.ª SÉRIE.—Tomo I.

nas nos parecen pintadas de color celeste, y los pueblecitos que descubrimos en el horizonte están como cubiertos de una ligera gasa azulada; por eso el cielo, ó mejor dicho, el espacio donde observamos suspendidas las estrellas, adquiere ese azul purísimo que llamamos vulgarmente cielo, y que no es otra cosa que la inmensa cantidad de aire acumulada sobre la superficie de nuestro globo; por eso, en fin, no le percibimos en el estrecho recinto de nuestra habitación, por mas que estén llenas de este fluido, cuya transparencia es tal que no impide para nada la vista de los objetos.

Por espacio de muchos siglos se creyó que el *aire* era una sustancia enteramente simple, hasta que los adelantos de la química moderna

Núm. 10.

descubrieron que estaba compuesto de dos gases mucho mas esenciales, uno llamado *oxígeno* y otro llamado *azoe*, que combinados en diferentes proporciones forman este elemento indispensable á la vida, y que va á ser hoy objeto de nuestro estudio.

Hay tambien en el aire otra porcion de fluidos, como el agua en vapor, los miasmas que se desprenden de los cuerpos en corrupcion, etc., etc., pero estos gases no constituyen el aire; antes al contrario, le hacen impuro y dañoso para la respiracion de los animales, dando muchas veces origen á enfermedades y padecimientos mortíferos.

Considerado el aire como elemento de la naturaleza, no cede en importancia á la tierra, pues es tan esencial como ella para la existencia de todos los seres que viven y respiran. Su estremada movilidad purifica la atmósfera, llevándola de un punto á otro las emanaciones de todos los cuerpos vivos; traslada á muchas leguas de distancia los gérmenes de infinidad de plantas que va sembrando por el suelo como el jardinero mas cuidadoso; se apodera de la agua que el calor evapora en los mares ó en las montañas nevadas, y formando las nubes la lleva suspendida para regar los campos y humedecer aquellos sitios mas elevados, adonde nunca podrian llegar las corrientes de los rios.

Por él, estas mismas aguas que la lluvia deposita en los valles, evaporadas por el calor del sol y de la tierra vuelven á caer en forma de copos de nieve sobre las mas elevadas cordilleras para derretirse lentamente, y surtir de una manera constante nuestras fuentes y nuestros rios poblados de peces, que perecerian sin

este elemento, privándonos á su vez de otro no menos importante para nuestro sostenimiento y regalo. Por él en fin, el hombre, lanzado al mar sin otro auxilio que un frágil barquichuelo de madera y unos lienzos estendidos á la estremidad de unos palos, ha descubierto paisajes inmensos, estendido sus relaciones comerciales y aumentado sus gozes con los productos de lugares remotos de que nunca hubiera tenido noticia sin su ayuda.

Los enfriamientos repentinos en un punto cualquiera de la atmósfera contrayendo el aire y haciéndolo disminuir de volumen, hacen que

el inmediato se precipite á llenar aquel vacío, siendo esta una de las causas que ponen en movimiento su masa. Entonces el aire recibe el nombre de viento; siendo éste en ocasiones tan violento, que no hay objeto que pueda resistir el impulso de esos asoladores huracanes que derriban casas y ciudades enteras, rompen y descuajan los árboles mas corpulentos,

y levantando hasta las arenas del suelo, como acontece frecuentemente en los desiertos de la Arabia, trasladan en un momento inmensidad de ellas á distancias increíbles, sepultando á su paso caravanas enteras, borrando los caminos, y cambiando hasta el curso natural de los rios.

El continuo movimiento de la tierra, la disposición de ciertas montañas, las alteraciones que la electricidad acumulada en la atmósfera produce para establecer el equilibrio de los elementos, con otras mil y mil causas secundarias, son á la vez las productoras del movimiento del aire y de esos cambios súbitos de la corriente del viento, que en pocas horas recor-



Naves.

re á veces todo el círculo de una veleta.

Tenemos, pues, en el aire un elemento indispensable de vida, un medio de que la naturaleza se vale para llevar de un punto á otro las semillas de infinidad de plantas que la mano del hombre no bastaría á esparcir por regiones tan dilatadas; y si alguna vez los huracanes recogiendo las cenizas del Vesubio han podido llevarlas á través de los mares y cubrir con ellas los tejados de Constantinopla, las brisas favorables han propagado por todos los continentes y llevado á los últimos rincones del mundo la religion, la ciencia, el comercio y la industria de las hombres.

JUAN CUESTA.

LA VENGANZA DE LOS HONRADOS.

(De Bronner.)

Con un haz de leña á las espaldas y casi helado de frío, regresaba del monte Zenon, el viejo pescador. Apenas podia moverse por la nevada senda al llegar á la morada de Ithamar, el cazador, y queria pasar por el puente á su casa, que estaba al otro lado del rio.

—Detente, viejo! le gritó el cazador, y saltó furioso fuera de su habitacion. ¿Dónde has cogido esa leña? Esa leña no es tuya, no; la has robado!

—Cazador, yo no he robado nada! balbuocé Zenon asustado.

—No mientas nunca, viejo! Ayer corté esa leña, estaba caida en el monte, y de allí la has cogido.

—No, cazador, la he reunido rama á rama, honradamente con mi trabajo.

—Mientes, viejo calvo, no lo has hecho de esa manera.

—Mira sino! Hay alguna rama verdaderamente seca; yo las recogí como las encontré, esparcidas bajo los árboles entre la nieve.

—Tú la has robado, nada me importan tus mentiras.

Entonces arrancó furioso el haz de las espaldas del anciano, y le arrojó desde el puente al rio como si estuviera jugando.

—Ya hemos terminado la disputa, dijo con desden, y entró en su casa sin volver la cabeza atrás.

Zenon le siguió triste con la vista, y continuó su camino con los ojos llenos de lágrimas.

Algunos dias despues cambió el aire, y siendo caliente comenzó el deshielo. Los aludes se precipita-

ban con mucha violencia y se amontonaban, rompiéndose en el aire á considerable altura cerca del puente. El hielo se quebraba contra el hielo, y las ruinas contra las ruinas. Grandes témpanos se reunian sosteniéndose y apoyándose en la casa, y aumentaban el agua y la corriente del arroyo

Entonces fué Chalison, el hijo de Ithamar á la ciudad, y quiso al volver pasar por el puente, pero retrocedió vacilando y asustado, cuando vió la horrible escena. El mismo Zenon, que arreglaba allí cerca sus redes, le disuadió de aventurarse á tan grande peligro: Ithamar lo vió.

—Ven pronto aquí, le dijo con altivez, el puente no se rompe. No escuches los consejos de ese viejo que recuerda aun nuestra antigua querrela. ¡Ven aquí!

Chalison echó á correr; pero el puente sufría entonces toda la violencia de los aludes que chocaban en él; empezaba á moverse, un nuevo choque le inclinó; otro nuevo y cayó el puente, sumergiéndose sus ruinas en las aguas, entre las que desapareció el jóven. ¡Cómo se enfureció su padre y lamentaba el anciano Zenon! El niño gritaba en el rio con todas sus fuerzas y pedia socorro, agarrado á un poste; medio muerto de frio le arrastraba el arroyo. El cazador corria inconsolable por la orilla, pateaba en el suelo y gritaba, y desanimado se retorcia las manos. ¡Cómo podia esperar que el pescador salvase al desgraciado!

Pero Zenon á pesar de sus cabellos blancos saltó intrépido en su barquilla y la condujo atrevido entre el hielo y la multitud de pinos del puente; arrancó al jóven del abismo, le sacó en salvo á tierra y se le entregó á su padre.

—Aquí te vuelvo á tu hijo, le dijo con la mayor amabilidad y con un tono que hubiera domado á los mismos lobos.—Mira, está bueno y sano, aunque un poco asustado.

Ithamar no se atrevió á levantar los ojos y quedó por largo tiempo confuso y mudo.

—Perdóname, honrado anciano, le dijo al fin con aparente indiferencia, mientras á pesar suyo un torrente de lágrimas corria por sus rudas mejillas, perdóname mi duro comportamiento.

—¡Qué debo perdonarte! replicó Zenon con agrable rostro. ¿No me he vengado bastante de tí?

—¿Es esa tu venganza, ofendido anciano? Dios mio, ¿es así cómo se vengan los hombres honrados?

(Traducido del original.)

J. S. B.



HISTORIA DE ESPAÑA.

DON ORDOÑO PRIMERO.

Sucedió á D. Ramiro su hijo Ordoño I, que comenzó su reinado sujetando á los sublevados vasco-alaveses, y volviendo despues contra el comun enemigo; marchó á la Rioja, encontróse allí con el renegado y temido Muza, y en el monte Laturce, cerca de Clavijo, combatieron porfiadamente ambos ejércitos, hasta que obtuvo señalada victoria el cristiano, que hizo morder el polvo á diez mil sarracenos. El mismo Muza fué herido tres veces por la lanza de Ordoño, y tuvieron que prestarle un caballo para salvarse.

Esta fué la verdadera batalla de Clavijo, y no la que se atribuye á D. Ramiro.

Sitió en seguida y conquistó Ordoño á Abelda, que debía su fundacion á Muza, y era como su córte; la arrasó por los cimientos, acuchilló á su guarnicion, hizo esclavas á las mujeres y niños, y humilló para siempre el insultante y desmedido orgullo de Muza.

Nuevos aventureros del norte amenazan las costas de Galicia, pero son rechazados por el conde Pedro, que proporcionó esta gloria al reinado de Ordoño; gloria no insignificante cuando no la

pudieron conseguir los árabes de Andalucía ni los habitantes de las márgenes del Ródano, ni los de las costas de Sicilia y de Grecia.

No desatendió Ordoño lo que mas interesaba á sus pueblos y á su corona, y corrió al frente de lucida hueste á las márgenes del Duero, frontera de los musulmanes; venció á su walí Zeid-Ben-Cassim, se apoderó de Salamanca y Coria, destruyó sus murallas y se llevó cautivos á cuantos enemigos cayeron en su poder.

Con ellos y con el inmenso botin que adquirió,

aumentaba las obras y la riqueza del reino, y si descansaba algun tanto sobre sus laureles, era para volver á tomar las armas con nuevo brío.

La Lusitania fué el terreno escogido para su nueva expedicion; y mas aguerrida ya su hueste, completamente confiada en su caudillo, y con la siempre fundada esperanza de rico y abundoso botin, entró en el hoy reino de Portugal, corrió la comarca de Lisboa, incendió á Cintra, saqueó los pueblos abiertos, taló los campos, y cogió multitud de ganados é hizo muchos cautivos.

La guerra entonces era de destruccion y de terminio, y el que entraba en país enemigo lo arrasaba todo.

Ordoño se habia hecho justamente temido de sus contrarios, y el monarca de aquel reino despreciado pocos años antes, hizo ya respetable su nombre, y necesario que Mohammed creyera llegado el caso de publicar la guerra santa en todos los alnimbares, lo que solo se ejecutaba cuando el peligro era grande.

De todas partes acudieron á aquel grito santo; apiñóse grande ejército bajo las banderas de la media luna, y Mohammed á su cabeza penetró por Galicia y llegó á Santiago. Y como hubiera sido temeridad grande salir los cristianos al encuentro, se acogieron y atrincheraron en sus impenetrables riscos; no les molestaron en ellos los musulmanes, que despues de destruirlo que les plugo, regresaron por Sa-



Don Ordoño primero.

lamanca y Zamora hácia Toledo.

No tardó mucho Ordoño en salir de sus atrincheramientos para volver á molestar las fronteras mahometanas, aprovechando los descansos de la guerra en reedificar ciudades destruidas, como Tuy, Astorga, Leon y Amaya, levantar fortalezas para asegurar el grande aumento que habia dado al reino, pues le acreció en mas de una tercera parte de territorio, y le engrandeció material y moralmente, que bien respetado fué de los enemigos.

Amado de sus súbditos por su piedad y virtudes,

le lloraron de corazón cuando en 866 plugo á Dios terminar su vida, magnífica en la guerra y en la paz, y tan amante de sus súbditos, que le llama su cronista el *Padre del Pueblo*.

Diez y seis años duró su glorioso reinado; pero no se interrumpió su gloria con su muerte, que la aumentó su hijo y sucesor Alfonso III, de quien nos ocuparemos en el próximo artículo.

A. PIRALA.

MADRID EN 1862.

CARTAS Á UNA NIÑA.

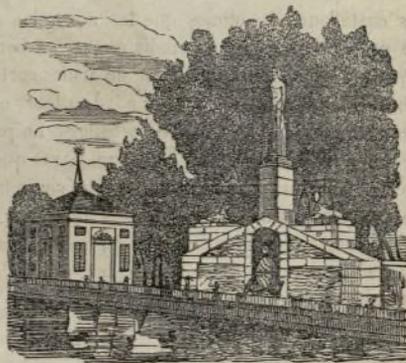
VI.

Segun te prometí en mi anterior, mi querida niña, voy á continuar hablándote de los paseos y jardines que Madrid cuenta en su recinto.

Entre estos, y despues de haberte descrito el Prado, debo colocar en primer lugar el Real Sitio del Buen-Retiro, que tiene este nombre porque ha sido por muchos años una residencia Real. El estenso terreno que ocupa y que tiene, bajo una forma irregular, unos cinco mil piés de largo por cuatro mil de ancho, era antiguamente un vasto campo mas ó menos inculto, hasta que en el siglo XVII el rey Felipe IV le compró, edificando en él un Palacio, rodeado de jardines, para su recreo. Aficionóse tanto el espresado rey á este sitio frondoso y ameno, que fué por largas temporadas la residencia habitual de aquella córte disipada y fastuosa, que tuvo tantos puntos de semejanza con la de Luis XIV en Francia. Así es que el Retiro fué teatro de mil galantes aventuras, y todavia existe un elevado ciprés, á cuyo pié se dice que fué muerto el conde de Villamediana, caballero galan y poeta, que puso la mira de su amor tan alta, que su loca pretension le costó la vida. Todos los reyes que siguieron á Felipe IV, continuaron residiendo á menudo en el Buen-Retiro y embelleciéndole cada vez mas, especialmente Fernando VI, Cárlos III y Cárlos IV; pero todo esto fué poco menos que destruido durante la guerra de la Independencia, si bien es preciso confesar que no fueron los franceses los que mas estragos causaron, sino tus compatriotas los ingleses, los que, entre otros daños que hicieron, volaron la fábrica de la China, donde se construian preciosas porcelanas. Despues se restauró, así en el reinado del anterior monarca, como en el de la reina actual, y de algunos años á esta parte ha recibido notables mejoras, que le constituyen en uno de los mas agradables paseos de que hasta hoy pueden disfrutar los habitantes de Madrid.

Estos jardines tienen tres entradas: una en el paseo que conduce á la puerta de Alcalá, otra sobre el cerrillo de San Blas, junto al paseo de Atocha, y la tercera, que es la principal, en la subida de San Gerónimo, junto al cuartel de artillería. Esta entrada se compone de un arco que da paso á una gran plaza cuadrada, que hoy se suele denominar *patio grande*, y antes se llamaba *plaza de Palacio ó de la Pelota*. Esta plaza está formada por tres líneas regulares de edificios, que ocupan generalmente los empleados del Real Patrimonio, y al frente por una sencilla iglesia, que sirve de parroquia, y tres grandes puertas de hierro, que dan entrada á los jardines. A la izquierda por otro arco se pasa á los jardines llamados de la Primavera y al palacio de San Juan, que habita hoy el infante D. Francisco de Paula Antonio, tío de la reina de España y padre del rey consorte, y á la derecha un edificio con torrecillas, donde antiguamente se reunian las Córtes del Reino y se juraban los Príncipes de Astúrias, destinado hoy á Museo de Artillería.

Desde las tres puertas de hierro que dan entrada á los jardines, se estiende una ancha y hermosa calle de árboles, que tiene de trecho en trecho grandes estátuas de piedra y conduce á un vasto estanque de 1000 piés de largo y 445 de ancho, rodeado de una barandilla de hierro, con un embarcadero al frente, y á la derecha, entre dos norias, una fuente egipcia con un idolo y dos esfinges.



Fuente Egipcia.

Desde aquí, que puede decirse que es el centro del Retiro, dirigiéndose á la izquierda se vá á los jardines reservados, que solo se ven por medio de papeleta, y son muy lindos, con infinitas curiosidades, entre las que me han gustado particularmente *la montaña rusa ó artificial*, sobre la cual hay un lindo mirador, desde donde se ve completamente toda la poblacion: el *salon asiático* adornado lujosamente á la oriental; la *casa del pobre*, que en el piso bajo presenta con la mayor propiedad una humilde moru-

da y en el principal ofrece todos los refinamientos del lujo; la *casa del Pescador* y la *del Contrabandista*, con ingeniosos juegos y, finalmente, la *casa de las Aves*.

Se sale de los jardines reservados por la casa de fieras, que ocupa dos de los lados de un gran patio, con verjas y espaciosas jaulas, para toda clase de fieras en el piso bajo, y en el superior para pájaros raros.

A la derecha de esta casa y del estanque, había un gran terreno inculto que se llamaba el campo grande y hoy contiene un extenso viñedo, un hermoso laberinto y varias calles de árboles, unidas á los paseos que rodean un estanque chinesco, cuyas aguas están pobladas de peces de colores, y á un lindo parterre con fuentes, estanques y flores.

SARA.

EL PAJE.

Con este nombre se ha conocido siempre á los niños que reciben una educación distinguida en los palacios de los reyes, príncipes, prelados y señores, á quienes sirven en diversas ocasiones. En todas épocas se ha colocado á los niños en las casas de los grandes con diversas denominaciones. Los *pajes* en la edad media se confundían con los donceles, y eran los novicios ó aprendices de los caballeros. Hacían cerca de los castellanos los oficios que las doncellas cerca de las castellanas. Se los enseñaba á rezar, á combatir á pié y á caballo con toda clase de armas corteses, á honrar á las damas, y según su edad, á leer, escribir, cantar y bailar. Los simples caballeros no podían tener *pajes* de nacimiento noble, mientras que era necesario hacer pruebas de nobleza para ser admitido en los palacios de los príncipes y los reyes. Sin embargo, se veía con frecuencia á un señor rico enviar su hijo á casa de un señor vecino, afamado por sus hazañas y virtudes, para que aprendiera con su ejemplo el oficio de las armas, de la lealtad y de la cortesía. Los niños entraban en las funciones de *pajes* hacia los siete ú ocho años, y permanecían en ellas hasta los catorce. Prestaban á sus amos los servicios ordinarios de los criados, los servían á la mesa, les llenaban la copa, los acompañaban á la caza y á las visitas. A los catorce años *salian de pajes*, para lo cual se celebraba una ceremonia religiosa, en la que el oficiante, tomando del altar una espada pendiente de una banda, se la ceñía al jóven, que le presentaban su padre y su madre, y algunas veces un padrino y una madrina. Cuando la alta nobleza abandonó por la córte sus tierras señoriales, la costumbre de tener *pajes* se fué perdiendo poco á poco, excepto en los palacios de los soberanos y príncipes de la san-

gre real. En España han subsistido hasta principios de la actual época constitucional, y aun viven muchos que llenaron este cargo cerca del último monarca don Fernando VII.

A los *pajes* solía exigírselos pruebas de nobleza de cuatro generaciones. En el ejército servían de ayudantes á los edecanes del rey. Los *pajes* alumbraban al rey por la noche, llevando en la mano hachas de cera blanca. En las grandes solemnidades se colocaban delante y detrás de su carroza y á las portezuelas junto á los estribos. Estos *niños de honor* eran educados en un palacio particular por un director, ayos y profesores, que los enseñaban las principales ciencias y artes. Los *pajes* españoles han merecido siempre la mejor reputación, muy al contrario de lo que se dice de los franceses y otros países, pues de los primeros se refiere que las mujeres de Versailles procuraban no pasar por delante del hôtel donde estaban alojados por temor de que las insultasen con sus chanzas, con frecuencia demasiado licenciosas, groseras y malignas.

Dos *pajes* servían á la mesa á los reyes de Francia, y la misma etiqueta se observaba en los palacios de los príncipes de la familia real. Los criados se colocaban detrás de los *pajes*, y los daban y recibían de su mano los platos. Cuando el Príncipe enviaba algún manjar á una señora que se sentaba á su mesa, el *paje* llevaba por sí mismo el plato que le había entregado su señor, si la dama era bonita, pero de lo contrario se lo encargaba á un criado. No se podía hacer esperar á un *paje*, y nadie sino la persona á quien era enviado debía recibir la orden, carta ú objeto de que era portador. Su vestido debía ser de los colores del señor á que servía; un lazo con cintas pendientes, que flotaban por su espalda, y la pluma blanca que rodeaba el sombrero de los *pajes*, constituían la elegancia de su traje, que variaba según las modas de la época.

Todavía nos quedan millares de anécdotas y proverbios del carácter y costumbres de los *pajes*, que prueban lo que fué esta institución, apreciable por su antigüedad, y el esplendor que por lo general su juventud y su belleza daban á las comitivas de los monarcas.

Las meninas, tan célebres durante la dinastía austriaca, hacían cerca de la reina y las infantas los mismos oficios que los *pajes* prestaban al rey y los grandes señores. El tipo verdaderamente poético, sin embargo, es el del *paje* de la edad media, y no puede recordarse sin profunda emoción aquella jóven que acompaña en este traje al misterioso Lara de Lord Byron, hasta que la tierra de la tumba oculta los secretos del caballero, que desaparecen con él y con el *paje*, que para no revelarlos desaparece también.

(Arreglo.)

JOSE SANCHEZ BIEDMA.



El Paje.

LOS TRES HEREDEROS AFORTUNADOS.

[Cuento de Grimm.]

Un padre reunió á sus tres hijos en su presencia y les dió: al primero un gallo, al segundo una gaudaña, y al tercero un gato.—Soy viejo, les dijo, y está cercana mi muerte, quiero antes de que llegue asegurar vuestro porvenir. No tengo dinero que dejaros, y aunque os parezcan de poco valor las cosas que ahora os doy, eso depende del uso que hagáis de ellas; buscad cada uno un país en que sea desconocido el objeto que posée y hará su fortuna.—

El mayor de los hijos se puso en camino con su gallo despues de la muerte de su padre, pero por todas cuantas partes pasaba era ya conocido el gallo; en las ciudades le veía encima de los campanarios dando vueltas con el viento, en los campos le oía cantar continuamente, y á nadie chocaba su animalito, de manera que no se hallaba en la situación mas á propósito para mejorar de suerte.

Llegó por último á una isla donde nadie sabia lo que era un gallo, de modo que los costaba mucho trabajo conocer la aproximación de las diferentes partes del día. Sabían muy bien cuando era de día y cuando de noche, pero los que no dormían por la noche ignoraban siempre la hora que era.—Mirad, les dijo, que animal tan hermoso; tiene una corona de rubies en la cabeza y lleva espuelas en los piés como los caballeros. Por la noche canta tres veces á horas fijas, la última cuando va á salir el sol. De que canta en medio del día, indica que va á cambiar el tiempo.

Este discurso gustó mucho á los habitantes de la isla; á la noche siguiente nadie se durmió, y todos escucharon con la mayor ansiedad al gallo anunciar las dos, las cuatro y las seis de la mañana. Le preguntaron si vendía aquel hermoso pájaro, y cuánto quería por él.—Quiero el oro que pueda llevar un asno en una carga, les contestó. Todos exclamaron que semejante precio era una bagatela para un animal tan maravilloso, y se apresuraron á dárselo.

Viendo volver rico á su hermano mayor, los hermanos menores se llegaron de asombro, y el segundo resolvió partir también para ver si le valía algo su hoz. Pero por todas partes por donde pasaba encontraba á los labradores provistos de hoces tan buenas como la suya. Por fortuna desembarcó al fin en una isla en que nadie sabia lo que era una hoz. Cuando el trigo estaba seco en aquel país le cortaban con la mano espiga á espiga, malgastando mucho tiempo y no menos dinero, por lo que estaban muy caros los cereales. Cuando nuestro hombre se puso delante de ellos á segar el trigo con tanta facilidad y tan pronto, todos le miraron con la boca abierta y los ojos asombrados. Le compraron su instrumento por

el precio que quiso, y obtuvo un caballo cargado con todo el oro que podía llevar.

El tercer hermano quiso sacar partido á su vez de su gato. Como á los otros dos, no se le presentó ninguna buena ocasión interin estuvo en tierra firme; en todas partes había gatos, y en un número tan grande, que se tiraban muchos de ellos apenas habían nacido. Se hizo conducir por último á una isla donde por fortuna no habían visto nunca ninguno; pero en cambio había en ella tal número de ratones, que corrían por las mesas y los bancos, aun en presencia de los dueños de las casas. Todos sufrían este terrible azote; el mismo rey no podía libertarse de él, pues por todos los rincones de su palacio se oían correr los ratones y no se veía libre nada de cuanto podía alcanzar su diente. En cuanto entró el gato limpió dos salas, de modo que los habitantes suplicaron al rey adquiriese para el Estado este precioso animal. El rey le pagó sin regatear en el precio de un mulo cargado de oro, y el hermano menor volvió á su país mucho mas rico todavía que los dos mayores.—(Traducido del original.)

B.

LOS LITIGIOS.

Iban dos muchachos corriendo hácia su aldea, y bajo el magnífico nogal que á su entrada había, encontraron una hermosa nuez.

—Es mía! exclamó Ignacio, porque soy el primero que la he visto.

—A mí es á quien pertenece! Yo la he cogido! replicó Bernardo.

En esta contienda acudieron á otro muchacho de mas edad que ellos, que se dirigía también á la aldea, el cual dijo:

—Yo decidiré.

Colocóse en medio de ellos, partió lentamente la nuez, y murmuró con voz solemne:

—La mitad de la cáscara pertenece al que vió la nuez, la otra mitad al que la cogió, y la nuez á mí, por los gastos del juicio. Este, prosiguió, es el resultado de todos los litigios. (Schmid.)

Mas fruto sacan los que bien se avienen
Que los que en juicios gastan cuanto tienen.

J. G. B.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran,

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42